

EDITORIAL

A UN AÑO DE JERRY

Vicente Lecuna Torres

... y ¿qué se puede decir del amigo que ya murió que no sea hablar o escribir bien, que no haya sido dicho o sentido antes o escrito o vivido en algún momento?

Jerry: Vicente, tengo dedos en palillos de tambor ¿qué será?

— Tienes un Ca de pulmón.

Jerry se ríe, llama a David y le cuenta. David no se ríe; no le gusta el chiste.

Vicente, ¿tu crees en premoniciones?

— No, no creo en esas pendejadas, ni en otras parecidas.

Cuando Jerry, David y yo pensamos en trabajar juntos, realizamos varias reuniones y consultas hasta llegar a la conclusión de que se trataba de un matrimonio por conveniencia. Vicente (Avella) nos señaló, que si nos íbamos a casar, no olvidaríamos a las respectivas esposas, que también formarían parte de ese matrimonio.

Jerry, David y yo creíamos ser muy distintos, pero en el área médica estábamos seguros de tener muchas cosas en común para celebrar ese matrimonio profesional por conveniencia. En lo demás cada uno pensaba ser una entidad muy distinta del otro. El tiempo luego demostró que esa quimera era falsa, incierta y por demás absurda. Pensábamos que nos unía ver la "cosa médica" igual y que, por lo tanto, podíamos iniciar un trabajo en equipo. Así logramos, con éxito, un verdadero equipo. Comenzamos a manejar el criterio médico, la organización, la conducción de los pacientes, las guardias, y los aspectos económicos, siempre con acuerdo. Jerry nos abrumaba con su socialidad y nos divertía su dificultad frente al paciente moribundo o con cáncer. Frecuentemente vivíamos situaciones dignas de los De Filippo o Ionesco, pero nunca Kafkianas o a lo Pirandello.

Era muy claro y decidido en su lucidez o en su confusión. Nos dijo que ni la quimioterapia ni la cirugía, ni la radioterapia iban a cambiar nada. Creo, se las hizo para cumplir con un ritual, para complacer a los demás. Si hubiera sido por él, no se hace nada. Así fue que nada hizo nada, como tampoco las dietas, tampoco la mapuritina, jarabes, médico hindú, homeópatas, nada, absolutamente nada.

Luis Arturo fue el único que claramente lo predijo. El resto se dedicó a fantasear, a soñar, a imaginar, a negar el progreso inexorable de una enfermedad que golpeó a un enamorado de la vida. A medida que la enfermedad fue progresando, se inició en Jerry un proceso de maduración. Su sentido social no era sólo el saber hacer amigos (eso lo hace cualquiera) sino tenía una gran conciencia de la problemática social. Jerry era capaz de disfrutar de los placeres del Country Club (?) y tener al mismo tiempo vivencia de la necesidad de resolver y ayudar a los otros (verdaderos cristianos) de la marginalidad. Varias veces hablamos y así descubrí que debajo de una aparente superficialidad, tenía una clara visión de la realidad social del país.

Sólo en una oportunidad logré hablar con Jerry durante su enfermedad. Fue una mañana, cuando no estaba la insoportable nube de amigos que lo envolvía, y lo hacía impenetrable (Jerry a veces se hacía el dormido frente a ellos para no escucharlos). Hubo, cuando llegué, una referencia irónica y con cierto humor negro, a que estaba igual que el dueño del circo que veía crecer los enanos que había comprado y que al bañar las cebras, se le caían las rayas. Ese día hablamos mucho. No hablamos del futuro ni de su enfermedad. Ambos sabíamos que no existía regreso alguno y que todo iba a suceder, que estaba sucediendo. Ese día encontré que Jerry había cambiado mucho; era el verdadero Jerry. Hablamos del bien y del mal, de lo divino y lo humano; en ningún momento Jerry manifestó amargura, mezquindad, tristeza o lamento, tampoco fanatismo, o mentalidad cerrada. En ese encuentro que duró casi dos horas, hubo momentos de silencio, pero no de angustias, ni de secretos (los secretos no son cosas de las que no se habla, son lo contrario). No fue una conversación incómoda o difícil para alguno de los dos. Jerry me conoce bastante y me entiende y yo también a él. Lo obvio no se habla. No existía nada que explicar o justificar. Era una situación concreta, ni injusta, sino simplemente real. Una dimensión de realidad cotidiana, quizás algo triste pero totalmente dentro de un marco existencial. A lo mejor es que la existencia es triste. Al final Jerry me pidió, mejor dicho, me ordenó que ayudara a un amigo suyo que estaba en Houston, de apellido Bolívar y que yo tenía que traerlo para la Universidad, porque era muy competente y muy buena persona. De manera obsesiva y como una orden repitió varias veces que lo ayudara. Incluso lo llamó por teléfono y me impuso una reunión con él. Parecía algo como una prolongación de él mismo.

Quedan de él sus evidencias y el sentimiento y recuerdo que el tiempo irá borrando. El sentimiento que huye es el de la lágrima. A mí me costó mucho la primera lágrima por Jerry. No quería dejarla salir porque no quería admitir su desaparición. No tenía dudas acerca de que Dios sometió a Jerry a una dura prueba de la que salió más fuerte y mejor de lo que quedamos aquí. Dejó un sentimiento de amistad en innumerables amigos y pacientes quienes lo adoraban. No sé si esto es una virtud, o qué. Lo concreto es que los pacientes creían en Jerry y él los convencía. De las dietas improvisadas de acuerdo a su apetito o gusto, de los tratamientos o de la indicación quirúrgica. Trasmítía algo que pocas veces se encuentra. Ese algo se define como el buen médico. El que sabe dar, transmitir y querer.

Con el transcurso de este año me pregunto qué era lo que me unía a Jerry y a David. Cuando, de manera periódica, regresamos a LA CITA y pedimos lo que Jerry llamaba TODO, esto es: doble de manchego, pimientos, langostinos, ca-

lamares, champiñones, chinchurrias, boquerones, anguilas y a veces cangrejos o langosta mezclado con un Murrieta frío, empiezo a descubrir una amarga verdad, que es la propia verdad. Una verdad compartida muy parcialmente con Jorge, Gustavo, Mafe, Aldo, Luis, Paúl, Eduardo, Luis Arturo, Manuel, Tomás, Bill, Leopoldo, Titín, Armando y tantos otros pero que, como toda verdad es absoluta y no compartible.

Y es que Jerry, David y yo pudimos conocer y compartir la competencia, el desorden, la sencillez, el caos, la autocrítica, el olimpismo, la risa, la naturalidad, la burla, la eficiencia profesional, hablar mal de los demás, la locura, el amor, la dedicación y el deseo de servir y hacer las cosas lo más perfecto posible. Todo eso mezclado en forma inequívoca e indefinible.

Cada uno guarda su vivencia con Jerry, con Irene, Andrés y los padres y hermanos de Jerry. Una vivencia que se transforma en recuerdo y que el tiempo irá convirtiendo en neblina y luego en vaga idealización.

De Jerry no guardo un recuerdo sino sólo la tristeza de que se me fue...